

# Es mejor esperar

Bruce Swansey

*La realidad, el símbolo y el sueño se funden en este relato, pleno de resonancias nostálgicas y numinosas, de Bruce Swansey, autor entre otros de Barroco y Vanguardia: de Quevedo a Valle-Inclán y Del fraude al milagro: versión de la historia en Usigli.*

*In memoriam, Amparo Romero Mesinas*

Hace mucho tiempo mamá yace en su cama. No recuerdo exactamente cuándo sucedió sino que poco a poco permaneció cada vez más tiempo sin levantarse. O se levantaba y después se acostaba porque se sentía cansada, así que todo debía hacerse con cuidado y en silencio.

En aquellos días mamá todavía se levantaba para verme desayunar y llevarme al colegio pero un día me llamó a su lado.

—Ya no podré acompañarte a la escuela —dijo.

No le pregunté por qué ni ella a mí si sería capaz de ir y venir solo. Aunque la escuela no estaba muy lejos había que caminar varias cuadras y atravesar calles o cruzar el parque, a esa hora oscuro y amenazante. La primera vez que salí, después de cerrar la puerta del departamento probé la llave para estar seguro de que podría volver a entrar.

Me encontré frente a un pasillo que se extendía sumiéndose en la oscuridad y a la izquierda la escalera. Me pareció ver a alguien que se movía al fondo. Bajé las escaleras muy rápido hasta el segundo piso.

Hice esfuerzos por no mirar pero al final la curiosidad me ganó y deteniéndome un momento miré hacia la oscuridad del pasillo y volví a tener la impresión de que había alguien pero apresurándome di la vuelta y corrí hacia la planta baja.

Ya sólo unos metros me separaban de la puerta de hierro y cristal que daba a la calle, en dirección contraria del pasillo que se adentraba hacia la parte trasera del edificio, con varias puertas oscuras que señalaban los de-

partamentos y una al fondo, a la derecha, que conducía hacia el garaje.

Corrí a la puerta y la abrí pero antes de cruzar el umbral y descender los últimos peldaños probé la llave, que funcionó más fácilmente que la del departamento. Salí al frío de una bóveda exterior que servía para guardarse de las tormentas y me encontré en la calle con un enorme perro plateado con ojos que de tan claros parecían blancos.

El animal me miró enojado y yo caminé hacia la esquina aterrado, conteniendo las ganas de correr. No había llegado a la esquina cuando oí la carrera del animal que ya llegaba hasta mí ladrando furiosamente. El corazón se me salía por la boca. Pero entonces descubrí a su dueño, en bata, que frente a su casa observaba la escena divertido. Lo llamó en el preciso instante en el que la fiera acercaba sus fauces a mis piernas. Gruñendo y mirándome como quien desprecia algo tan insignificante como yo aferrado a mi mochila, el animal dio media vuelta y se alejó con trote neumático hacia su dueño que lo esperaba con una gran sonrisa.

Crucé la calle temblando y me alejé rumbo a la escuela atento a cada quicio y examinando cada detalle del camellón para asegurarme de que reconocería el camino de regreso. Esa mañana la pasé pensando qué haría para evitar al animal del vecino. Cuando al final del día empaqué mis libros y cuadernos y avancé calle por calle como quien explora y conquista nuevo territorio, me detuve en la esquina para explorar el terreno. Estaba libre,

así que me apresuré al edificio y metiéndome bajo la bóveda abrí con prisa la puerta y entré.

El contraste entre la luminosidad del mediodía y la oscuridad del pasillo era muy pronunciado y apenas dentro sentí frío. El pasillo se adentraba en una oscuridad más cerrada y conforme avanzaba hacia la escalera el frío me estremeció. Subí hasta el departamento y mientras abría tuve la sensación de que alguien me observaba desde el fondo del pasillo. Estaba muy cerca de la puerta del fondo a la derecha que conducía a una escalera de hierro para usarse en caso de incendios y la única manera de subir a la azotea, donde se encontraban los cuartos de servicio, unos baños y varios lavaderos. Era como si alguien acabara de cruzar esa puerta aunque ésta no se hubiera movido un ápice.

Mamá seguía en cama así que fui a la cocina para ver qué podíamos comer. Vi una lata de sopa que abrí y calenté y le llevé un plato. Se incorporó en su cama. Estaba muy pálida y apenas tomó unas cucharadas.

—¿No quieres más?

Pero mamá, que desde hacía tiempo hablaba poco, sólo negó con la cabeza y sonriendo volvió a tenderse.



James Whistler, *La vendedora de mostaza*, 1858

Me extendió una mano y yo, dejando el plato en el suelo, la tomé entre las mías. Estaba caliente y seca y se podía ver cada uno de sus huesos.

Al día siguiente fue lo mismo. El perro del vecino acechaba la cuadra desierta, meándose contra cada árbol mientras su dueño en bata, recargado contra la puerta de su garaje, fumaba un cigarrillo. Apenas me vio el animal corrió ladrando hacia mí, clavándose en el suelo. Cuando casi estaba a punto de mordirme, el vecino lo llamó mirándome con idéntico desprecio al que percibía en los ojos traslúcidos de la bestia.

Cuando regresé mamá dormía, así que no quise despertarla y me hice un sándwich con un poco de jamón. Guardé la mitad esperando que mamá despertara y quisiera comer algo, pero la tarde transcurrió en silencio hasta que la sala donde esperaba oír la se inundó de sombra.

Alguien tocó la puerta esa tarde interrumpiendo mi contemplación del techo. Me acerqué con enorme cautela y esperé en la oscuridad sin respirar. Alguien esperaba al otro lado pero me alejé. No volvieron a llamar.

A la mañana siguiente mamá seguía en su cama. Estaba dormida así que no quise despertarla y pensando que lo mejor sería ir a la escuela volví a abandonar el departamento. Esta vez vi a una niña que caminaba hacia mí desde el fondo sombrío del pasillo.

—Hola —dijo—, soy Federica.

—Hola —contesté.

—Yo también vivo aquí —dijo, señalando la puerta de mi casa.

Me pareció muy extraño porque nunca la había visto pero entonces empezó a bajar las escaleras conmigo.

—¿Cómo no te he visto antes?

Ella no prestó importancia a mis palabras y en cambio habló de ser más ordenados con la ropa porque mamá estaba enferma. Callé porque era cierto. A veces no recogía lo que me quitaba o dejaba el *sweater* tirado en el sofá porque sabía que mamá no lo vería.

Así bajamos a la calle y ella, notando que me costaba esfuerzo franquear el umbral, me cogió de la mano.

—No tengas miedo.

Vi que el animal corría desde la esquina opuesta hacia nosotros ante su amo que lo azuzaba pero cuando se acercó y yo me contraía de pánico, el animal se detuvo enseñando los dientes pero sin atreverse a avanzar. En sus ojos traslúcidos había odio pero también miedo, o eso me pareció. Su amo nos miró desconcertado y yo me alejé para cruzar la calle. Iba a decirle a Federica lo feliz que me sentía pero ya no estaba conmigo.

Cuando regresé mamá no se había movido. Estaba como la había dejado, tan delgada que apenas se distinguía en la cama. Afortunadamente Federica estaba allí.

—¿Qué hago?

—Es mejor esperar.

Nos pusimos a jugar a las escondidas aunque no había demasiados lugares pero eso nos distrajo hasta que la sala volvió a inundarse de sombra. Entonces me propuso salir a dar una vuelta.

—¿Adónde?

—Aquí. Hay muchos lugares aquí.

Me puse el *sweater* y cogí las llaves pero no salí del departamento sin ver que mamá estuviera arropada.

El pasillo parecía muy frío, pero Federica me tomó la mano y corrimos hacia el fondo de la oscuridad. Conforme avanzábamos se me enchinó la piel porque el aire estaba helado y costaba trabajo atravesarlo. Llegamos a la puerta del fondo y abriéndola salimos a un descanso mohoso y oxidado de hierro que trepidó con nuestro peso.

Esa noche bajamos al garaje, que parecía vacío. Había que acostumbrarse a la oscuridad para distinguir un enorme bulto.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Es su coche.

—¿De quién?

—De la princesa rusa.

Al fondo, en una oscuridad en la que era imposible ver nada, parecía haber puertas.

—Allí guardan muebles —dijo Federica.

—¿Quiénes?

—Los otros.

—¿Y allá?

—¡Nada! ¡No te acerques!

Correteamos en la oscuridad y llegamos hasta la doble puerta de la cochera. Desde allí podíamos ver la calle pero me pareció que la gente que caminaba a esa hora no nos oía aunque nosotros hiciéramos ruido al llegar hasta la puerta a la carrera para ver quién era más veloz. Y también me pareció que tampoco podían vernos aunque entre ellos y nosotros no hubiera más de un metro de distancia. El que sí nos distinguió fue el perro del vecino, que se alejó con el lomo erizado.

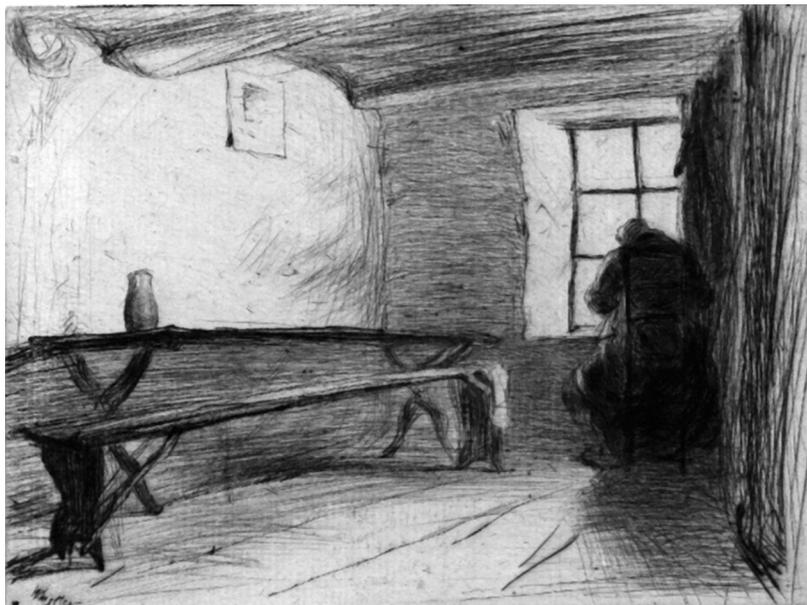
Regresamos al departamento pero mamá no se había levantado. Yo pensé que debía despertarla pero Federica me detuvo.

—Es mejor esperar.

A la mañana siguiente salimos como de costumbre a la escuela aunque Federica nunca llevaba nada. La oscuridad ya no me daba miedo porque podía ver a través de ella como si fuera de día. Tampoco me daba temor salir a la calle y encontrarme al perro del vecino porque sabía que no podía hacernos nada.

Esa mañana corrió hacia nosotros más amenazante que nunca porque su amo lo azuzaba furioso ante su impotencia. La mañana anterior lo había golpeado con un cinturón y lo había metido al garaje a patadas.

Cruzó la cuadra como flecha babeante, los belfos crispados sobre sus enormes dientes carnívoros. Pero cuando ya daba el salto cayó a mis pies como un saco



James Whistler, *El avaro*, 1863



James Whistler, *La sala de música*, 1872

vacío. Un leve estremecimiento lo hizo estirar las patas y después suspiró quedándose inmóvil, los ojos más transparentes que nunca.

El vecino corrió hacia su perro y yo me alejé como si no me hubiera dado cuenta de nada.

—Ese perro ya no va a asustar a nadie —dijo Federica.

Cuando regresé a casa hacía calor y la luz reverberaba sobre las aceras que brillaban como planchas de cemento ardiente. Me lloraban los ojos y la luz me quemaba la espalda así que caminé buscando refugiarme bajo la sombra de los árboles. Ni señas de Federica.

Cuando llegué tampoco estaba en la casa y mamá dormía, así que fui a la cocina y cogí una manzana. Creo que era la única que quedaba. La partí en cuatro y guardé la mitad para mamá y un cuarto para Federica, pero cuando llegó más tarde no la quiso.

—Cómetela tú.

Le conté que esa mañana había sucedido algo muy emocionante en la escuela porque en el patio habíamos descubierto un “niño”.

—¿Y eso qué tiene de raro?

Le expliqué que no se trataba de un niño como nosotros, sino de un animal horrible y venenosísimo.

—¿De verdad no quieres?

Entonces me di cuenta de que llevaba el vestido manchado. Me pareció que era sangre.

—¿Qué te pasó? —le pregunté.

—Nada. Es un raspón. Me caí en el parque.

Federica quería salir a explorar el edificio, así que me puse el *sweater* y salimos de puntas.

—Ven —dijo Federica señalando hacia arriba.

—¿Estás segura?

Pero ya me jalaba escalera arriba hacia otro descanso a cuyos lados había dos barandales muy delgados, uno de los cuales estaba roto.

—Ten cuidado.

El descanso se movía con cada paso pero ya en los peldaños cercanos a la pared la escalera parecía más fuerte. Estábamos en la azotea del edificio. A la derecha estaban los lavaderos desiertos y a la izquierda dos hileras de puertas desvencijadas y rotas. Todo parecía abandonado.

—¿No hay nadie aquí?

—A veces puedes oír como que lavan.

—¿Aquí? —y me moví hacia una llave enmohecida que al abrirla chirrió sin dejar salir nada más que una araña que se escurrió por un agujero polvoso.

Luego bajamos dos pisos por las escaleras de hierro que temblaban como si estuvieran a punto de caer y en-

tramos. Cuando nos acercábamos al descanso del primer piso escuchamos una detonación que sonó muy fuerte y muy cerca. Luego oímos una segunda detonación. Nos abrazamos y permanecimos así un rato hasta que el eco cesó.

—Fue en el descanso del segundo piso —dijo Federica.

—¿Cómo sabes?

—Porque fue allí donde lo hizo.

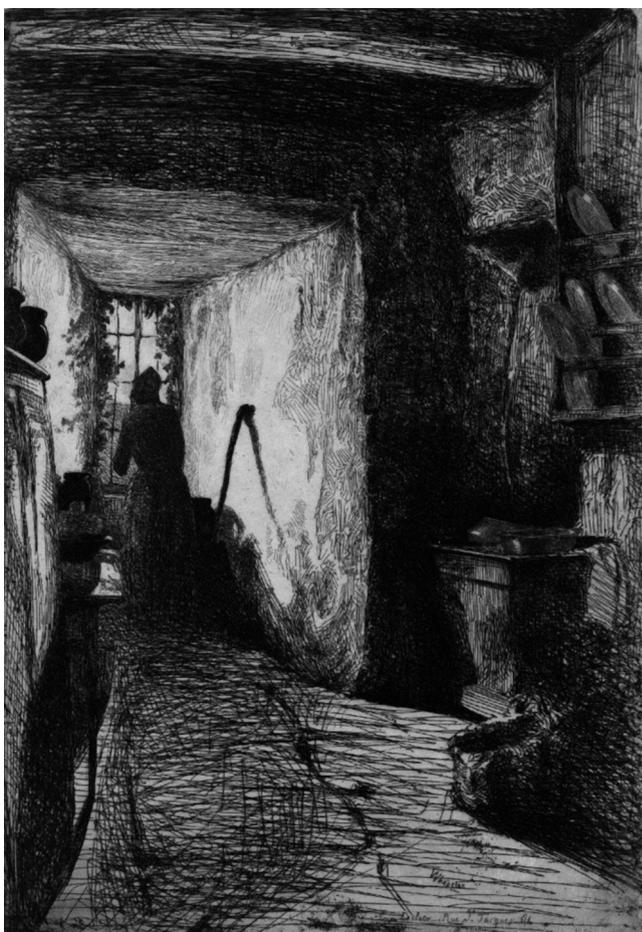
Pero cuando subimos no vimos nada.

—Es que sólo podemos oírla. Ella tampoco puede vernos.

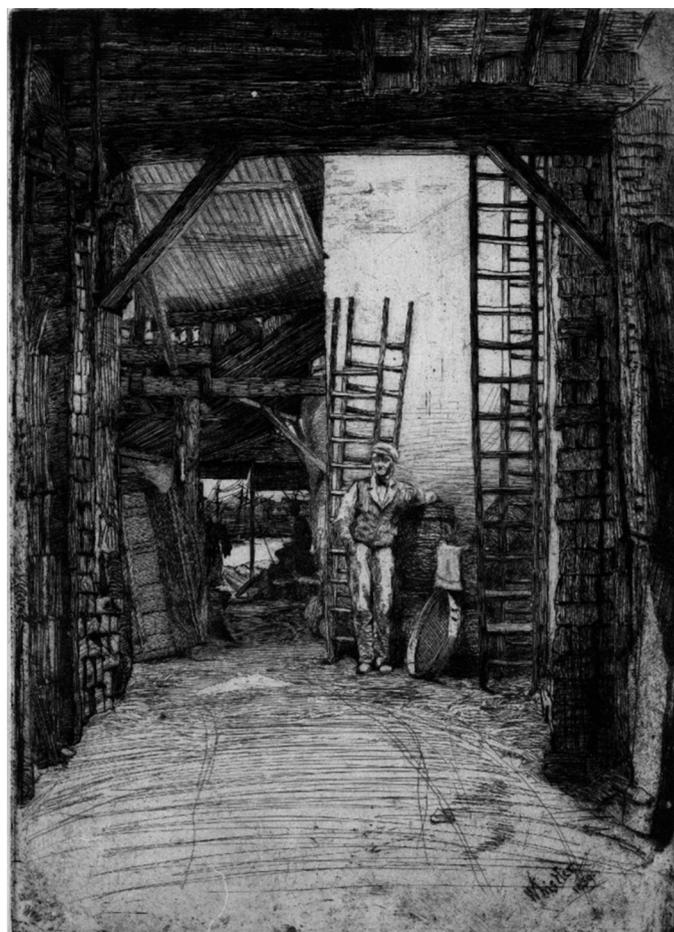
Ya en la casa el silencio se apoderó de todo y yo me quedé dormido hasta la mañana siguiente. Me levanté cansado y con sueño. Vací lo último que quedaba de la caja de cereal pero era muy poco. Me sentí asustado, sin saber qué hacer ni a quién pedir ayuda. Pensé que desde hacía días mamá no descansaba sino que estaba muerta como el perro del vecino y yo abandonado en un edificio desierto salvo por Federica, que iba y venía sin que supiera dónde se metía durante el día.

Aunque me habían dicho que nunca debía llorar, el desconsuelo era tan grande que me senté frente a la mesita de la cocina y lloré hasta quedarme dormido de nuevo. Me despertó la voz de Federica. Estaba con mamá, que por fin había dejado la cama y se veía de nuevo bien. Sonriente, me extendió los brazos.

—¿Ves como es mejor esperar? —dijo Federica. **u**



James Whistler, *La cocina*, 1872



James Whistler, *El quemador de cal*, 1859